

## SERMON

PARA EL LUNES

### DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

**Una vida criminal conduce necesariamente á la impenitencia final, que es el mayor de todos los males posibles.**

*Ego vado, et quæritis me: et in peccato vestro moriemini.*

Yo me voy, y aunque despues me busqueis, morireis en vuestro pecado.

Joann. cap. VIII, v. 21.

Solicita por nuestro bien la santa Madre Iglesia, y deseosa de hacer despertar á sus hijos del letargo de la culpa, para evitarles el mayor y mas terrible de los males que es el caer en la impenitencia final, llama hoy nuestra atencion á la terrible sentencia dada por Jesucristo á los fariseos en justo castigo de su incredulidad y del odio que le profesaban, y que se halla consignada en el trozo del capítulo VIII del Evangelio de San Juan, que se ha leído en la misa de la presente feria. Yo me voy, dijo Jesucristo en una ocasion á los fariseos, y me buscareis y morireis en vuestro pecado. ¡Ter-

rible sentencia! ¡Fallo irrevocable que se cumplirá con toda exactitud, porque ha sido pronunciado por los labios del Salvador, y primero faltarán los cielos y la tierra que dejen de tener cumplimiento sus palabras (1). ¿Y con qué objeto nos hace este recuerdo la Iglesia? Con el de hacernos conocer que no solamente va dirigida esta sentencia á los fariseos, sino á todos los pecadores obstinados, que haciéndose sordos á los llamamientos del Señor, menospreciando sus beneficios y sus gracias, viven olvidados de su divina ley, entregados á los vicios, envueltos en los lazos de la incredulidad ó indiferencia. A estos, pues, dirige su voz nuestro amabilísimo Redentor en este dia, y les dice: Yo os he lavado del pecado original por medio de las aguas saludables del Bautismo: os he hecho miembros de mi Iglesia: os he dado en el sacramento de la Penitencia una fuente de cristalinas aguas para que os purifiqueis de vuestros pecados: os estoy llamando á mí continuamente por medio de mis ministros que os predicán las verdades eternas: siempre estoy llamando á las puertas de vuestro corazon: os doy especiales auxilios, porque no quiero vuestra muerte sino vuestra conversion. No obstante este amor que os demuestro, á pesar de tanta misericordia como uso con vosotros, no logro el atraeros á mí, y el haceros entrar en el conocimiento de vuestro error: pues bien, ahora os digo que daré fin á mis llamamientos; que me retiraré de vosotros, y llegará un dia en que me busqueis; este dia será el de vuestra muerte, pero yo entonces pagándoos olvido por olvido, me apartaré de vosotros, y mo-

(1) Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt. Math. cap. XXIV, v. 35.

ríreis en vuestro pecado: *Ego vado, et queritis me; et in peccato vestro moriemini.*

¡Ah, mis hermanos! ¡Quién no se estremece al escuchar esta sentencia que da por resultado la infalible condenación! ¡Quién se atreverá á permanecer por mas tiempo en el lodazal inmundo de la culpa, viendo la esposicion que tiene á que cansado el Señor de sufrirle le retire sus auxilios, y muera en el pecado! ¡Y os parece esto difícil á vosotros los que no encontráis ese mañana que repetís cada dia cuando se os habla de que os convirtais á Dios? ¿Sabeis si por mas que confieis en el dia de mañana vivireis cuando se acabe el de hoy? ¡Sabeis si una muerte repentina cortará el hilo de vuestra vida cuando menos penseis que podeis morir? Increíble parece, hermanos míos; pero no por eso es menos cierto que haya muchos cristianos, tan descuidados de sí mismos y de la salvación de sus almas que vivan tranquilos en medio de sus vicios, olvidados enteramente de su Dios, y sin acercarse poco ni mucho á la participación de los Sacramentos. Esto es lo mas monstruoso de la ingratitud y la mas inhumana crueldad. Es lo mas monstruoso de la ingratitud, porque el que así obra, lejos de agradecer á Jesucristo la gran bondad que nos mostró, muriendo en una cruz y entre los mas crueles tormentos por librarnos de la cautividad del demonio y salvarnos, renueva sus tormentos y su muerte con el pecado, como se espresa San Pablo (1), y es lo mas inhumano de la crueldad porque suicida su cuerpo y su alma, toda vez que esta la conduce al infierno en el momento de su muerte, y el cuerpo unido al alma en el dia del juicio final.

(1) Rursus crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes. Ad Heb. cap. VI. v. 6.

¿Y será posible que creyendo en la posibilidad de caer en la impenitencia final, que es el mayor de los males posibles que pueden sobrevenir, porque es señal cierta é indudable de condenación, no resuene en los oídos de muchos pecadores el eco de la trompeta de la divina palabra, que les advierte el precipicio? ¡Ah! conoced, pecadores que me escuchais, que es ciertamente tentar á Dios el permanecer en el pecado sin llegarse á lavar á las cristalinas aguas de la penitencia. ¿Quereis disponer de la paciencia de Dios? ¿Quereis vivir en la inobservancia de su divina ley, entregados á los placeres del mundo, y que esté dispuesto á escucharos, cuando viéndoos ya en imposibilidad de servir al mundo por mas tiempo, le llameis en los últimos momentos de vuestra vida? Es una verdad que Dios por su misericordia infinita está dispuesto á escuchar al pecador en cualquier hora que éste le llame y se acoja á su bondad; por esto perdonó á Dimas en el árbol de la cruz: esto lo hizo el Señor para que el pecador nunca desconfie de su misericordia. ¿Pero habeis visto muchos Dimas? ¿Y podrá ser vuestro arrepentimiento eficaz en vuestra última hora, toda vez que maliciosamente siempre reservásteis vuestro arrepentimiento para ese trance? Para que el pecador se convierta en su muerte, son necesarios los auxilios de Dios. ¿Y creéis que os los dará despues de vuestra rebeldía? ¡Ah! Que es muy espuesto diferir para entonces la conversión, dice el padre San Agustín con mucha oportunidad; porque una calentura puede embargaros los sentidos, y no dejaros pensar en vuestros pecados, ó porque una muerte imprevista puede que no os deje tiempo para confesaros, y morais en vuestro pecado: *et in peccato vestro moriemini.*

Deseando yo, pues, que ninguno de los fieles que me escuchan llegue á un estado tan lamentable, y antes por el contrario que todos se decidan á volver las espaldas á los vicios y placeres que á tan desastroso fin conducen, voy á demostraros, fundado en las palabras del Evangelio, que han servido de tema al presente discurso, que los vicios y la obstinacion en el pecado conducen á la impenitencia final, el mayor de los males posibles.

Redentor amabilísimo, que para mostrarnos el grande amor que nos profesais descendisteis del cielo, y nos redimisteis con el precio infinito de vuestra preciosísima sangre, no permitais que caiga sobre ninguno de nosotros el peso enorme de vuestra sentencia; y para que yo pueda penetrar con el eco de la divina palabra hasta los corazones de mis oyentes, iluminad mi entendimiento con un rayo de vuestra luz divina. Esta gracia os suplico por la intercesion de la Santísima Virgen á la que saludamos llena de toda gracia. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

La Iglesia por la santidad de los miembros que la componian, era en los primeros siglos un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres; empero en nuestros dias parece que la religion es distinta y que su moral ha variado. Hay una diferencia notabilísima entre los cristianos del presente siglo y los de aquellos. Una fé operativa, una esperanza grande y una caridad ardiente distinguian á los profesores de la doctrina del Crucificado. La santidad resplandecia de tal modo en los cristianos, que causaba

la admiracion de los mismos perseguidores de la Iglesia: hoy por el contrario son pocos los que en la pureza de sus costumbres pueden compararse con aquellos: nunca la corrupcion ha sido tan general como al presente. Tended en confirmacion de esta verdad vuestra vista por el cuadro triste que presentan las sociedades cristianas, y á poco trabajo encontrareis hijos de la Iglesia que tratando continuamente de los negocios temporales, viven sin pensar por nada en el mas importante de los negocios, que es el de la salvacion del alma; otros que entregados á los placeres de una vida sensual no cumplen ninguno de sus deberes religiosos, y viven enteramente olvidados de su Dios; otros que sobrándoles el tiempo para asistir á reuniones pecaminosas y á lugares donde es canonizado el vicio, no tienen una hora para asistir al templo, y no toman parte en ninguna de las solemnidades y festividades de la Iglesia, y viven aletargados con la venenosa copa de placeres mundanos; otros... ¡pero á dónde voy!... Seria interminable si me propusiese pintar todos los cuadros de perdicion que presentan muchos de los cristianos de nuestros dias. Todos ellos, pues, que desoyen en su rebeldía la voz de Jesucristo que les llama, corren á pasos agigantados por el camino que conduce á la impenitencia final, que como hemos dicho antes, es el mayor de los males posibles. Esta amenaza les hace hoy el mismo Jesucristo.

Vosotros los que contentos en vuestra vida criminal dejais la conversion para mas adelante, yo os ruego que fijéis vuestra atencion en las cortas palabras que el Salvador os dirige, para que comprendais toda su significacion, pues que su comprension nos es del mayor interés. *Ego vado et quæritis me, et in peccato*

*vestro moriemini*. Yo me voy y me buscareis, y morireis en vuestro pecado. Yo quiero concederos ahora que salga cierto lo que vosotros quereis, que sea dilatada vuestra vida, y que la lentitud con que venga la muerte os dé tiempo suficiente para elevar el corazon á Dios é impetrar su infinita misericordia. En este caso ya se ha cumplido lo primero que nos dice Jesucristo, *me buscareis*. Le llamareis; invocareis su santísimo nombre; ¿pero teneis seguridad en que tales serán los afectos, que lograreis atraerle á vosotros? Yo sin decir nada mio repito las palabras del Salvador: *et in peccato vestro moriemini*. Morireis en vuestro pecado. Y la razon de esto la veo yo claramente á la sola luz de la razon. ¿Cuál fué vuestra vida? Una cadena no interrumpida de crímenes cometidos contra Dios. ¿Cómo respondísteis á los continuos llamamientos del Señor? Con el desprecio de su ley. ¿Cuáles fueron vuestros propósitos en orden á vuestra conversion? El volveos á Dios consagrándole los últimos momentos de vuestra miserable vida, cuando ya no os sea posible disfrutar por mas tiempo de los placeres del mundo. ¿Estrañareis ya por ventura la conducta de Dios para con el pecador obstinado? ¿Os admirará que llamándole el que asi obró en los últimos momentos de su vida, hallé cerrados los oidos de Dios y encontrar en vez de un padre misericordioso un juez justiciero? ¿Estrañareis ver morir en su pecado al que siguió la carrera de la maldad, no obstante que haya buscado á su Dios en sus últimos momentos? Pues es constante el oráculo divino: *Ego vado et quæretis me, et in peccato vestro moriemini*. Nada mas natural que quien es omiso para responder á los llamamientos de Dios y le desprecie, le encuentre tambien sordo á

sus clamores, cuando á las puertas de la muerte invoque la misericordia. Sí, entonces el Señor volverá burla por burla, desprecio por desprecio, y cuando el pecador le llame le responderá: «Tambien yo te llamé y no me hicistes caso; *vocavi et renuisti*.» Despreciaste mis consejos y te burlaste de mis amenazas; pues ahora á mi vez me burlo yo y me rio de vuestros lamentos. *Despexisti consilium meum, et increpationes meas neglexisti; ego quoque in interitu vestro ridebo et subsanabo*.

¡Qué vana es esa confianza que el pecador obstinado funda en la gran misericordia del Señor! ¡Ah! Cierito, ciertísimo es que todos debemos tener una ciega confianza en Dios, pero es cuando le busquemos por el arrepentimiento y las lágrimas, y no abusemos de su misericordia. Sabeis vosotros que es misericordioso ¿pero ignorais que es justiciero? Sabeis que sabe perdonar, ¿pero sabeis que tambien sabe castigar con rigor? Confiais en que es Padre, ¿pero temeis el que es juez? ¿Pero cómo es posible, me preguntareis, que Dios deje de escucharnos en cualquier momento que le llamemos? ¿Cómo es posible que se muestre tan riguroso y nos vuelva las espaldas cuando invoquemos su nombre? Yo, hermanos míos, no puedo penetrar los altos é incomprensibles juicios de Dios; pero sí puedo aseguráros que ello es una verdad porque lo afirma el mismo que ha de dar tan cruel castigo al pecador obstinado: *quæretis me, et in peccato vestro moriemini*. ¡A cuánta desgracia, á cuánta infelicidad se espone el pecador! Y á la verdad, yo no creo que el hombre puede quejarse de Dios por verse tratado de este modo, pues que tal es el orden de la justicia. ¿No nos está siempre llamando á sí? ¿No toca de mil diversos modos á nuestro corazon? Y á vista de la repulsa que ahora le